

## Algunas cualidades del director espiritual

Luis Madrazo Mayorga, L.C.

Licenciado en teología moral y en ciencias religiosas por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

### Introducción

**A**l examinar lo que varios santos y autores han dicho sobre las cualidades que debe tener el director espiritual, no hemos encontrado una plena correspondencia; más bien, cada uno menciona aquellas que a su parecer considera las más importantes. Miguel Ángel Fuentes comenta que las cualidades del director se deducen de las cualidades que debe tener una buena dirección espiritual<sup>1</sup>. Veamos qué cualidades debe tener el director espiritual según el *Catecismo romano* y algunos santos:

Por lo que se refiere a las cualidades [del director espiritual], el Catecismo romano pone de relieve tres dotes particulares: santidad de vida, competencia doctrinal, seguridad de juicio; Teresa de Jesús exige circunspección, inteligencia, experiencia; Francisco de Sales, caridad, ciencia, prudencia; Scaramelli, ciencia, virtud, experiencia<sup>2</sup>.

Algunos autores escriben una larga lista de cualidades que debe tener el director espiritual y después pasan a examinar las que consideran más importantes. A modo de ejemplo presentaremos las cualidades que enuncian tres autores.

Luis María Mendizábal menciona un elenco de las que para él son las «principales cualidades del director para la entrevista». Entre ellas menciona la madurez afectiva, la capacidad de comunicación, la doctrina sólida y actualizada, los conocimientos psicológicos, etc. Después, el autor, desarrolla cinco de estas cualidades que él considera más relevantes: «afecto cordial sano», el «don de entender a las personas», «familiaridad con Dios y vida de oración», «el arte de sugerir con sencillez y eficacia» y, por último, «magnanimidad y confianza»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Cf. M.A. FUENTES, *La ciencia de Dios*, Fiat Voluntas Tua, Miami 2001, 26.

<sup>2</sup> V. PASQUETTO, «Dirección espiritual», en E. ANCILLI (ed.), *Diccionario de espiritualidad*, Vol. I, Herder, Barcelona 1987, 623. El texto entre paréntesis es mío.

<sup>3</sup> Cf. L.M. MENDIZÁBAL, *Dirección espiritual. Teoría y práctica*, BAC, Madrid 2007, 72-93.

Miguel Ángel Fuentes, por su parte, enumera y explica las siguientes cualidades del director: «santidad», «prudencia», «experiencia», «ciencia» y «cualidades humanas»<sup>4</sup>.

El Cardenal Jorge Medina Estévez dice que «no es fácil encontrar un director espiritual que reúna todas las condiciones deseables, pero debe ser, por lo menos, de sólida doctrina, de probada experiencia (que generalmente se obtiene con el paso de los años), de vida cristiana sólida y estable y psicológicamente equilibrado»<sup>5</sup>.

Después de analizar las cualidades que enumeran algunos santos y algunos autores, desarrollaremos las cualidades del director espiritual que nos han parecido fundamentales: intensa vida espiritual, prudencia y discreción, madurez humana, experiencia y sólidos conocimientos.

## **I. Intensa vida espiritual**

### *A. Búsqueda de la propia santidad*

En el capítulo quinto de la Constitución apostólica *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II, denominado «la vocación universal a la santidad en la Iglesia», se nos recuerda que todos los miembros de la Iglesia estamos llamados a la santidad<sup>6</sup>.

El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf. 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas<sup>7</sup>.

El director espiritual sabe estas implicaciones de la santidad y al mismo tiempo sabe que «tiene por oficio guiar a las almas a la santidad, pero no lo puede desempeñar dignamente si no cultiva con empeño la vida interior. El

---

<sup>4</sup> Cf. M.A. FUENTES, *La ciencia de Dios*, 27-35.

<sup>5</sup> J. MEDINA ESTÉVEZ, *La Dirección espiritual*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2019, 28.

<sup>6</sup> «Todos en la Iglesia, pertenezcan a la Jerarquía o sean regidos por ella, están llamados a la santidad, según las palabras del Apóstol: *Lo que Dios quiere de vosotros es que seáis santos* (1Tes 4,3; cf. Ef 1,4)» CONCILIO VATICANO II, constitución *Lumen gentium*, BAC, Madrid 1999, n. 39, 121.

<sup>7</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, Asociación de Editores del Catecismo, Getafe (Madrid) 1992, n. 2015.

dicho: “Nadie da lo que no tiene” vale, naturalmente, también en el campo del espíritu»<sup>8</sup>.

El Papa san Juan Pablo II, al hablar a los sacerdotes sobre el amor del santo cura de Ars por sus fieles, les decía que Juan Maria Vianney «se santificaba para ser más apto para santificar a los demás»<sup>9</sup>. En consecuencia, «el cuidado de la propia vida interior será la mejor contribución que se puede prestar a otros»; y, «no importa mucho la edad, si es grande el amor a Dios. Personas jóvenes pueden ser, por este motivo, grandes directores de almas»<sup>10</sup>.

La experiencia interior de la santidad vivida enseña lo que se debe decir y cómo decirlo; la vida mortificada modera el modo de hacerlo y purifica la intención; la palabra se hace afable y firme, desaparece cualquier síntoma de celo amargo, y el consejo es eficaz y convincente. Y, aunque se tengan pocos años para este cometido, la santidad personal proporciona una especial sabiduría y también esa particular madurez, llena de comprensión y de fortaleza, necesaria para ayudar a otros<sup>11</sup>.

Por tanto, «solo si [el director] busca la propia santidad personal será capaz de aprender esa ciencia “experimental” y práctica, que no se encuentra en los libros, fruto de la acción del Espíritu Santo, que le hace apto para ser un verdadero socorro»<sup>12</sup> para las almas que le pidan dirección espiritual.

Para la maduración del don del discernimiento espiritual en el director, una vida espiritual intensamente vivida parece ser fundamental. En particular, la propia experiencia espiritual parece significativa, no solo la experiencia habitual y continua de oración, conversión y purificación del corazón, sino también la experiencia de los Ejercicios Espirituales u otros momentos fuertes del Espíritu, el ejercicio de la virtud de la obediencia, la práctica de la dirección espiritual bajo una guía espiritual experta y sabia y el sacramento de la Reconciliación<sup>13</sup>.

<sup>8</sup> V. PASQUETTO, «Dirección espiritual», 623.

<sup>9</sup> JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo*, año 1986, en [www.vatican.va](http://www.vatican.va).

<sup>10</sup> F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto. El sentido de la ayuda espiritual*, Palabra, Madrid 2011, 23-25.

<sup>11</sup> F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto...*, 24.

<sup>12</sup> F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto...*, 26. El texto entre paréntesis es mío.

<sup>13</sup> M. COSTA, *Direzione spirituale e discernimento*, AdP, Roma 2009, 90. Las traducciones de esta obra son mías.

### *B. Algunos medios para la santificación del director espiritual*

Fernández-Carvajal afirma que «la vida de oración y la exigencia personal son condiciones necesarias para ayudar a los demás»<sup>14</sup>. Y tiene razón, puesto que el director espiritual debe ser «hombre de Dios». «Solo se llega a ser “hombre de Dios” a través del desierto y de la oración como un diálogo ininterrumpido con el Señor». El director, «como fruto del recogimiento y de la disponibilidad atenta a la obra de la gracia, es capaz de percibir en el dirigido la presencia y la obra del Espíritu». Por tanto «la experiencia de Dios y de la oración son la piedra angular de la dirección espiritual»<sup>15</sup>.

El acompañante está llamado a sumergir cada vez más íntimamente a los fieles en la experiencia de Dios y a perfeccionarla progresivamente en su conducta. Será necesario, por tanto, que él mismo esté en la búsqueda de una profundización de esta experiencia<sup>16</sup>.

Descubrir el próximo paso que el dirigido ha de dar en el camino de la santidad «supone (por parte del director) familiaridad con Dios y docilidad personal a la gracia, junto con un recurso constante a la oración». Esta docilidad a la gracia en la propia vida le dará al director la capacidad de discernir la acción de la gracia también en aquellos a los que dirige.

El meollo de la dirección está en que el director sepa conjeturar el paso inmediato del camino de perfección que en este momento se le ofrece al hombre. Entonces tiene que ayudarle a que entienda en ese momento cómo ha de aplicar la ley perfecta de la libertad evangélica, animarle a su observancia y sostenerle en ella. [...] El director debe ser un “ven Espíritu Santo” continuo en el corazón, pidiendo la asistencia del Espíritu para sí y para el dirigido<sup>17</sup>.

Luis María Mendizábal comenta otros dos motivos por los que la oración le es necesaria al director: porque rezar por sus dirigidos es algo esencial en su misión, y porque gran parte de la eficacia de la dirección está en que la palabra del director refleje un aire de vida sobrenatural, fruto de su oración, que le dará «eficacia de edificación, es decir, de la plenitud de la riqueza interna sobrenatural que rezuma de la persona»<sup>18</sup>.

<sup>14</sup> F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto...*, 24.

<sup>15</sup> B. GOYA, *Luce e guida...*, 85-86.

<sup>16</sup> B. GOYA, *Luce e guida...*, 85.

<sup>17</sup> L.M. MENDIZÁBAL, *Dirección espiritual...*, 84-85.

<sup>18</sup> L.M. MENDIZÁBAL, *Dirección espiritual...*, 85.

La propia dirección espiritual es otro de los medios esenciales con los que cuenta el director para poder llevar a cabo su misión: la dirección espiritual que él recibe es una escuela de dirección.

El guía espiritual ideal será la persona que ha experimentado largamente la ayuda y la paternidad de un director espiritual sabio y experto en el misterio de Dios. En efecto, la mejor síntesis entre teoría y práctica es la que cada hombre realiza en su propia existencia<sup>19</sup>.

Así pues, «la realidad ministerial exige que el ministro reciba personalmente la dirección espiritual buscándola y siguiéndola con fidelidad, para guiar mejor a los otros»; porque «quien aprecia verdaderamente la dirección espiritual no solo la recomienda en el propio ministerio, sino que la practica personalmente»<sup>20</sup>. Queda claro pues que el director espiritual ha de «dejarse acompañar en la propia dirección espiritual»<sup>21</sup>.

Si no se pierde de vista el objetivo principal de la dirección (discernimiento de la voluntad de Dios en todos los aspectos del camino de santidad y apostolado), se puede encontrar el modo de ofrecerla y recibirla habitualmente<sup>22</sup>.

Sobre la confesión sacramental el *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* de la Congregación para el clero hace una observación muy importante con respecto a la confesión de los sacerdotes. Nos parece que esta observación también se puede aplicar a todos los fieles y por tanto a los fieles que son directores espirituales: «como todo buen fiel, el sacerdote también tiene necesidad de confesar sus propios pecados y debilidades. Él es el primero en saber que la práctica de este sacramento lo fortalece en la fe y en la caridad hacia Dios y los hermanos». Y más adelante el mismo documento advierte que «en un sacerdote que no se confesara más o se confesara mal, su ser sacerdotal y su hacer sacerdotal se resentirán muy rápidamente»<sup>23</sup>.

La experiencia viva del sacramento de la Reconciliación es tanto más eficaz cuanto que se vive como un momento de continuo relanzamiento positivo del deseo de proceder con espíritu de amor en la búsqueda constructiva

<sup>19</sup> R. FRATTALLONE, *La direzione spirituale oggi. Una proposta di ricomprensione*, Società Editrice Internazionale, Torino 1996, 208. Las traducciones de esta obra son mías.

<sup>20</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El sacerdote confesor y director espiritual, ministro de la misericordia divina*, BAC, Madrid 2011, nn. 75 y 114.

<sup>21</sup> F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto...*, 20.

<sup>22</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El sacerdote confesor...*, n. 114.

<sup>23</sup> CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1994, n. 53.

del “magis”, es decir, de aquello que mejor conduce al fin para el que fuimos creados, más allá de los enfoques minimalistas basados en “¿qué mal hay?”<sup>24</sup>.

### *C. Algunas virtudes que ayudan al director a cultivar una intensa vida espiritual*

La humildad ayuda al director a saberse instrumento de Dios, a no ser presuntuoso y a no ser pusilánime sino a tener metas altas<sup>25</sup>. La humildad es «la virtud fundamental del director porque lo coloca en la justa posición ante Dios y ante las almas que debe guiar»<sup>26</sup>. El director espiritual humilde sabe que

El Espíritu es el principal agente del crecimiento espiritual; el guía solo cumple la función de su instrumento al servicio del Evangelio. Una vez que haya cumplido con su deber, debe confiar el resto a la obra del Señor, quien llevará a plenitud la semilla del bautismo<sup>27</sup>.

Saberse instrumento dará paz y libertad al director espiritual. «Es fundamental tener en cuenta que el “director” no es la “luz” que debe iluminar, ni la “fuerza” que debe sostener, esta tarea es del Espíritu Santo. No es su fuerza y su luz lo que transmite, sino la que viene del Espíritu»<sup>28</sup>. Por ello, ha de estar bien unido al Espíritu Santo. Fernández-Carvajal lo explica magníficamente con la imagen del pincel: «el pincel ha de tener buena empuñadura y estar bien unido a la mano del maestro: si no hay unión, si no secunda fielmente el impulso que recibe, no hay arte»<sup>29</sup>.

La humildad del director no debe ser falsa sino auténtica; así evitará ser pusilánime o mediocre en su labor de guiar a las almas hacia la santidad. La «humildad no significa de ninguna manera “metas cortas” en la propia orientación espiritual o en la de otros»<sup>30</sup>. Por eso, «santa Teresa, después de señalar que la santidad se fundamenta en la ayuda divina, avisa de la posible tentación que pueden experimentar las almas y el daño que pueden sufrir

<sup>24</sup> M. COSTA, *Direzione spirituale e discernimento*, 90-91.

<sup>25</sup> Cf. F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto...*, 15-21.

<sup>26</sup> V. PASQUETTO, «Dirección espiritual», 623.

<sup>27</sup> B. GOYA, *Luce e guida...*, 87.

<sup>28</sup> A. PIGNA, *La direzione spirituale...*, 122.

<sup>29</sup> Cf. F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto...*, 16.

<sup>30</sup> F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto...*, 20.

ante una falsa humildad, corta en deseos y pequeña en aspiraciones»<sup>31</sup>. El director espiritual también ha de tener humildad para saberse retirar:

El director espiritual debe también ser humilde para conocer el momento en que conviene hacerse a un lado, dejando que la persona se confíe a otro director quizá más idóneo o que logre con ella un mejor entendimiento. No todo director vale igualmente para guiar el crecimiento espiritual de las personas en todas sus fases (Llama 3,57)<sup>32</sup>.

La fe también le es indispensable al director espiritual; si «descubre su ministerio como una cooperación con el Espíritu, entonces su trabajo se convertirá en una auténtica mentalidad de fe y alimentará una fuerte persuasión personal y experiencial de la presencia activa del Espíritu que anima a toda la Iglesia»<sup>33</sup>.

La esperanza sobrenatural también le es indispensable al director espiritual. Benito Goya, al hablar de la esperanza que ha de tener el director espiritual hace estas importantes reflexiones:

Esta mirada de confianza y valentía es indispensable, sobre todo cuando él o el discípulo que le ha sido confiado se siente oprimido por problemas y tensiones que se convierten en “noche oscura”, “desierto árido”, donde los frutos deseados de la oración o de la búsqueda ardiente de la plenitud espiritual tienen dificultades para manifestarse. El acompañante seguirá convencido de que “Dios es fiel y no dejará que nadie sea tentado más allá de sus propias fuerzas” y que el Señor, en el momento de la prueba, también da “la salida y la fuerza para soportarla” (1Cor 10,13). Por tanto, se esforzará por infundir en sus hermanos y hermanas confianza y entusiasmo inspirados por la fuerza del Resucitado, y por inspirar en ellos un impulso capaz de suscitar iniciativas creativas<sup>34</sup>.

La virtud teologal de la caridad también es esencial para el director espiritual. Santa Teresa de Lisieux, en el capítulo titulado «Mi vocación es el amor», del *Manuscrito B*, dice que comprendió «que solo el amor hace obrar a los miembros de la Iglesia, que si el amor se apagase, los apóstoles no predicarían el Evangelio, los mártires se rehusarían a derramar su sangre...»<sup>35</sup>. Esto (que solo el amor hace obrar a los miembros de la Iglesia)

<sup>31</sup> F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto...*, 10.

<sup>32</sup> J. RIVERA - J.M. IRABURU, *Síntesis de espiritualidad católica*, Edibesa, Madrid 2009, 374. [Llama 3,57] se refiere a la obra de San Juan de la Cruz *Llama de Amor viva*.

<sup>33</sup> B. GOYA, *Luce e guida...*, 88.

<sup>34</sup> B. GOYA, *Luce e guida...*, 88.

<sup>35</sup> TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*. Editorial de Espiritualidad, Madrid 1994, 259.

sin duda se aplica también al director espiritual, ya que este «lleva a cabo su misión con espíritu de gratuidad y donación a los hermanos y lleva a cabo un ministerio verdaderamente evangélico, un verdadero servicio a la gracia del bautismo»<sup>36</sup>.

Animado por los sentimientos de Cristo, el buen pastor (cf. *Lc 15,4*), [el acompañante espiritual] debe tener un verdadero celo por la salvación de las almas. Una salvación que él, por su parte, quiere ayudar a alcanzar llevando al otro a Cristo. Y esto supone también una perfecta separación de todo interés personal; solo así, de hecho, puede guiar siempre al Señor y no a sí mismo. El director debe hacer un compromiso especial con esto porque, pecadores como somos, incluso cuando hacemos lo que es de Dios, a menudo corremos el riesgo de desearnos y buscarnos a nosotros mismos<sup>37</sup>.

## II. Prudencia y discreción

### A. Prudencia

La dirección espiritual es «algo para lo que se requiere una particular prudencia y delicadeza espiritual»<sup>38</sup>. «La prudencia tiene un doble significado: común y teológico»<sup>39</sup>. El primer significado «indica equilibrio, moderación, discreción. [...]. Por ello, [el director espiritual] será moderado, equilibrado, discreto; se adaptará a las capacidades del individuo, sin forzar o exigir demasiado; recordará que los débiles no soportan alimentos pesados y que el progreso es fundamental en la vida interior»<sup>40</sup>.

El segundo significado «designa la virtud que, mediante el consejo, el juicio y el mando dirige las acciones del individuo al logro del último fin. Al director le son necesarias estas dos formas de prudencia»<sup>41</sup>. Veamos más ampliamente el significado teológico de esta virtud tan importante para el director espiritual.

La prudencia «es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo». Gracias a la virtud de la prudencia aplicamos «sin error los principios morales a los casos particulares y superamos las dudas sobre el bien

<sup>36</sup> B. GOYA, *Luce e guida*..., 87.

<sup>37</sup> A. PIGNA, *La direzione spirituale*..., 122. El texto entre paréntesis es mío.

<sup>38</sup> F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto*..., 7.

<sup>39</sup> V. PASQUETTO, «Dirección espiritual», 624.

<sup>40</sup> V. PASQUETTO, «Dirección espiritual», 624. La frase entre paréntesis es mía.

<sup>41</sup> V. PASQUETTO, «Dirección espiritual», 624.



que debemos hacer y el mal que debemos evitar». «Es llamada “auriga virtutum”: conduce las otras virtudes indicándoles regla y medida. Es la prudencia quien guía directamente el juicio de conciencia. El hombre prudente decide y ordena su conducta según este juicio»<sup>42</sup>.

La prudencia sobrenatural se convierte en espíritu de sabiduría y ayuda a discernir lo que es conveniente hacer u omitir, y sugiere los medios más adecuados para alcanzar la vida eterna. Se desarrolla a través de la práctica constante de los sacramentos, la oración, la escucha y el ejercicio de la orientación personal<sup>43</sup>.

Benito Goya, además de los medios apenas mencionados para adquirir esta prudencia sobrenatural o “ciencia de Dios”, indica los siguientes:

El director espiritual, a través de largos períodos de oración y de una constante apertura a la acción del Espíritu Santo, mediante el ejercicio incesante del servicio a los fieles y el estudio de los caminos seguidos por los santos, adquiere esa ciencia de Dios que se manifiesta en un extraordinario desarrollo de la virtud de la prudencia y del don del consejo, que lleva a sintonizar con el Señor<sup>44</sup>.

Por su parte Antonio Royo Marín, recuerda la necesidad del don de consejo para los directores espirituales:

Es indispensable la intervención del don de consejo para perfeccionar la virtud de la prudencia, sobre todo en ciertos casos repentinos, imprevistos y difíciles de resolver. [...] Los que ejercen funciones de gobierno —sobre todo en la dirección de almas— necesitan, más que nadie, la ayuda del don de consejo<sup>45</sup>.

En algunos momentos, el director espiritual deberá ser claro con la persona que está dirigiendo y decirle la verdad, aunque duela, ya que la prudencia «no se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o la disimulación»<sup>46</sup>. Como decía San Josemaría Escrivá de Balaguer:

El guía espiritual no puede ser como los falsos maestros, a quienes «domina el miedo de apurar la verdad; les desasosiega la sola idea —la obligación— de

<sup>42</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1806.

<sup>43</sup> B. GOYA, *Luce e guida*..., 71.

<sup>44</sup> B. GOYA, *Luce e guida*..., 150.

<sup>45</sup> A. ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, BAC, Madrid 1998, n. 382, 548-549.

<sup>46</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1806.

recurrir al antídoto doloroso en determinadas circunstancias. En una actitud semejante-convenceos- no hay prudencia»<sup>47</sup>.

### *B. Discreción*

Al final de este apartado cabe resaltar que el director espiritual debe ser discreto, es decir, no debe manifestar a otros lo que el dirigido le ha revelado. «La prudencia implica la guarda del secreto de dirección; lo que se confía al director, sin ser secreto de confesión, debe éste guardarlo rigurosamente. [...] El secreto de dirección es “secreto profesional confiado” y el respeto por el mismo obliga en razón de justicia»<sup>48</sup>. Como enseña el *Catecismo*:

Los secretos profesionales -que obligan, por ejemplo, a políticos, militares, médicos, juristas- o las confidencias hechas bajo secreto deben ser guardados, exceptuados los casos excepcionales en que el no revelarlos podría causar al que los ha confiado, al que los ha recibido o a un tercero daños muy graves y evitables únicamente mediante la divulgación de la verdad. Las informaciones privadas perjudiciales al prójimo, aunque no hayan sido confiadas bajo secreto, no deben ser divulgadas sin una razón grave y proporcionada<sup>49</sup>.

## **III. Madurez humana**

El director espiritual ha de poseer un buen grado de madurez humana. Analicemos su definición, algunos parámetros de referencia, escollos en los que podría caer un director espiritual inmaduro, y algunas pistas para trabajar en la madurez humana.

### *A. Definición y componentes*

«La madurez, pues, se presenta como una condición global que se distingue por un típico modo de ser, por un estilo que escapa en parte a medidas objetivas, pero que se impone de una manera característica»<sup>50</sup>. La madurez humana engloba la madurez afectiva y la madurez psíquica; «es una realidad compleja y no es fácil circunscribirla completamente»<sup>51</sup>.

<sup>47</sup> J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, n. 158, citado en F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Para llegar a puerto...*, 55.

<sup>48</sup> M.A. FUENTES, *La ciencia de Dios...*, 29.

<sup>49</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1491.

<sup>50</sup> CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal*, Typis Polyglottis Vaticanis, Civitate Vaticana 1974, n. 18.

<sup>51</sup> CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones para la educación...* n. 18.

Se ha convenido, sin embargo, en considerar maduro, en general, al hombre que ha realizado su vocación de hombre, con otras palabras, al hombre que ha conseguido la suficiente capacidad habitual para obrar libremente; que ha integrado sus bien desarrolladas capacidades humanas en hábitos virtuosos; que ha conseguido un fácil y habitual autocontrol emotivo, con la integración de las fuerzas emotivas que deben estar al servicio de una conducta racional; que prefiere vivir comunitariamente porque quiere hacer partícipes a los demás de su donación; que se compromete en un servicio profesional con estabilidad y serenidad; que demuestra saber comportarse según la autonomía de la conciencia personal; que posee la libertad de explorar, investigar y elaborar una experiencia, es decir, transformar los acontecimientos para que resulten fructíferos en el futuro; al hombre que ha logrado llevar al debido nivel de desarrollo todas sus potencias y posibilidades específicamente humanas<sup>52</sup>.

La madurez afectiva, como mencionamos antes, forma parte de la madurez humana. «Reduciendo las cosas a lo esencial: la trayectoria evolutiva de la afectividad tiene como punto de partida el egocentrismo del neonato, y como punto de llegada la capacidad de amor oblativo hasta el don total de sí, o amor “esponsal”»<sup>53</sup>. «Es afectivamente maduro el que ha logrado crear una síntesis armoniosa tanto entre los diferentes componentes de la vida emocional (en particular la sexualidad y la agresividad) como entre la emotividad y la razón»<sup>54</sup>.

Con este término (madurez afectiva) nos referimos a la libre y estable posesión del propio mundo afectivo: la capacidad de amar intensamente y de dejarse amar de manera recta y pura. El que la posee se inclina normalmente a la atención oblativa al otro, a la comprensión íntima de sus problemas, a la percepción lúcida de su verdadero bien. Y no rechaza la gratitud, la estima y el afecto de los demás, pero vive todo esto sin pretensiones y no se deja condicionar por ello en su disponibilidad para servir. El que es maduro afectivamente, nunca atará a los demás a sí mismo, sino que podrá educar en ellos una afectividad igualmente oblativa, centrada y fundada en el amor recibido de Dios en Jesucristo y siempre referido a Él<sup>55</sup>.

<sup>52</sup> CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Orientaciones para la...*, n. 18.

<sup>53</sup> L. CICCONE, *Etica sessuale. Persona, matrimonio, vita verginale*, Edizioni Ares, Milano 2004, 447. La traducción es mía.

<sup>54</sup> B. GIORDANI, *Il colloquio psicologico nella direzione spirituale*, citado en G. CUCCI, *La maturità dell'esperienza di fede*, Edizioni Elledici, Torino 2010, 104. Las traducciones de esta obra son mías.

<sup>55</sup> CONGREGAZIONE PER L'EDUCAZIONE CATTOLICA, *Direttive sulla preparazione degli educatori nei seminari*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1993, n. 35. Las traducciones de este documento son mías.

### *B. Necesidad de la madurez humana en el director espiritual*

Una vez vistas estas nociones sobre la madurez humana, se puede intuir fácilmente cuán necesaria le es al director espiritual. La madurez humana le permite ser capaz de amar rectamente encauzando sus afectos e impulsos.

El hombre maduro puede encauzar los impulsos derivados de la sexualidad y la agresividad para el bien global de la persona, en lugar de dispersarlos en la búsqueda de un placer inmediato. Disfruta de un margen considerable de libertad interior y es capaz de amar de forma constructiva, asumiendo e integrando a nivel espiritual el amor biológico (o carnal) y psicológico (o erótico)<sup>56</sup>.

«La persona que ayuda debe ser lo suficientemente madura para poder establecer relaciones profundas y válidas»<sup>57</sup>; de lo contrario, dirigir a otros puede resultar dañoso tanto para sí mismo como para la persona a la cual dirige ya que nos «ponemos en este servicio con lo que somos, para bien o para mal. De hecho, existe una estrecha relación entre lo que soy y cómo me percibo a mí mismo, y lo que veo y percibo en el “dirigido”; por eso se exige una persona suficientemente madura e integrada»<sup>58</sup>. Veamos algunos de los daños que podría causarse y causar un director espiritual inmaduro:

Fenómenos de resolución reductiva (espiritualismo, psicología, activismo); diversas manipulaciones como proyecciones de necesidades no integradas: necesidad de ser reconocido y estimado (se habla mucho de uno mismo, se considera imperfecto); necesidad de afecto y compensación afectiva (trampas afectivo-sexuales); necesidad de morbosidad como escape de impulsos sexuales; necesidad de poseer a las personas como autoritarismos, autoafirmaciones, celos, transferencia positiva de atracción o transferencia negativa de rechazo<sup>59</sup>.

### *C. Parámetros de madurez o inmadurez psicosexual*

¿Qué parámetros nos podrían ayudar para «medir» la madurez o inmadurez psicosexual de una persona? Los autores Mario Becciu y Anna Rita Colasanti, al estudiar el tema de la inmadurez psicosexual en los seminaristas y personas consagradas, comentan que «en las personas psicosexual-

<sup>56</sup> B. GIORDANI, *Il colloquio psicologico...*, citado en G. CUCCI, *La maturità dell'esperienza...*, 104.

<sup>57</sup> G.M. ROGGIA, *Direzione spirituale e accompagnamento vocazionale*, in P. GAMBINI-M.O. LLANOS - G.M. ROGGIA (a cura di), *Formazione affettivo-sessuale*, Edizioni Dehoniane, Bologna 2018, 265.

<sup>58</sup> G.M. ROGGIA, *Direzione spirituale e accompagnamento...*, 265.

<sup>59</sup> G.M. ROGGIA, *Direzione spirituale e accompagnamento...*, 265.

mente inmaduras, a la intransigencia en el ámbito de la castidad y de la vida celibataria se acompañan formas más o menos marcadas de intolerancia, extremismo y rigidez»<sup>60</sup>. Los autores apenas mencionados exponen, a modo de ejemplo, un elenco de comportamientos de personas maduras y otro con comportamientos de personas inmaduras. Aunque estos dos autores se refieren a seminaristas y personas consagradas, el elenco no deja de ser útil. Ellos comentan que las personas maduras

Son capaces de una integración genuina y productiva en la vida comunitaria y laboral. Viven abiertamente relaciones de amistad, connotadas por el afecto, la intimidad y la profundidad del vínculo tanto con los hermanos como con los laicos de ambos sexos. No manifiestan nada en sus vidas que sea excesivo, rudo, áspero, arbitrario, tenso, estridente. Muestran benevolencia hacia los demás y con sus carencias o problemas. Contribuyen a crear un clima de distensión y de familia dentro de la comunidad. Están disponibles para una confrontación abierta, leal y sincera con sus compañeros y, en particular, con los más jóvenes. Son capaces de tratar cualquier tema también en relación con la sexualidad. En lo que respecta a la sexualidad tienen una actitud abierta, de adecuada distancia, comprensiva y no culpabilizadora; son capaces de interesarse activamente en los diversos temas relacionados con ella sin ninguna curiosidad morbosa, enfrentándolos con serenidad, flexibilidad y con ausencia de prejuicios<sup>61</sup>.

A su vez, Mario Becciu y Anna Rita Colasanti, exponen algunos comportamientos de personas consagradas y seminaristas que muestran rasgos de inmadurez psicosexual. Estas personas

Se presentan como íntegros y no aceptan el más mínimo defecto en los demás. Presentan conductas más o menos sistemáticas de cerrazón, frialdad emocional y desapego afectivo. Meta-comunican con los demás, a menudo con arrogancia, su propia superioridad. Tienden a ser auto-referenciales con manifestaciones no infrecuentes de narcisismo. Tienen modalidades interactivas caracterizadas por la incapacidad manifiesta o el rechazo explícito a mantener relaciones de auténtica amistad. Manifiestan con sus cohermanos serias dificultades de relación y comprensión, a veces basadas en cuestiones irrelevantes. Son fuertemente críticos con los demás y no desean expresar su juicio negativo hasta el punto de despreciar la conducta de los demás. Tienden a volver a los errores y pasos en falso de otros con actitudes hostiles y punitivas. Presentan en su propia vida de manera más o

<sup>60</sup> M. BECCIU - A.R. COLASANTI, *Il comportamento sessuale disturbato: la manifestazione di un deficit nella regolazione affettiva*, in P. GAMBINI - M.O. LLANOS - G.M. ROGGIA (a cura di), *Formazione affettivo-sessuale*, Edizioni Dehoniane, Bologna 2018, 130.

<sup>61</sup> M. BECCIU - A.R. COLASANTI, *Il comportamento sessuale disturbato...*, 130.

menos explícita, pero en todo caso sistemática, conductas que hacen pensar en mecanismos de sustitución (búsqueda de poder y ganancia, uso indiscriminado del dinero, necesidad continua de aplausos, cuidado exagerado de los ambientes, necesidad incesante de viajar, satisfacción excesiva de las necesidades básicas). Muestran poca disposición a escuchar a sus compañeros que están en dificultad y a colaborar con ellos con afecto y sin altivez. Son reacios e incapaces de iniciar y mantener una comunicación abierta y flexible sobre cuestiones relativas a la sexualidad y si, obligados a ello, recurren a preceptos morales que cierran toda posibilidad de diálogo y confrontación<sup>62</sup>.

#### *D. Crecimiento en la madurez*

Así pues, la madurez psicoafectiva hace parte de la madurez humana, pero

Las investigaciones psico-sociológicas y la experiencia clínica revelan que en todas las personas se encuentran elementos de inmadurez psicoafectiva [...]. Para ser realistas, el esfuerzo en este campo no consiste en querer eliminar todos los residuos infantiles (lo que sería una utopía), sino en tomar conciencia de ellos, aceptarlos emocionalmente como algo nuestro e intentar integrarlos en el contexto de nuestra personalidad<sup>63</sup>.

¿Cómo se logra la integración de «los residuos infantiles» en la personalidad?

Para hacer posible esta integración es importante saber valorar ciertas capacidades humanas y espirituales fundamentales: la tolerancia a la frustración, sobre todo ante situaciones desagradables o no gratificantes; saber vivir la renuncia para conseguir un bien mayor (como en la parábola del tesoro en el campo, se deja todo porque se ha encontrado algo que no tiene precio); un deseo fuerte y profundo, la claridad y la honestidad de la propuesta religiosa<sup>64</sup>.

Al final de este tema sobre la madurez humana, podemos decir que es muy importante que el director espiritual haya alcanzado un grado suficiente de madurez humana; de lo contrario, no será capaz de un amor oblativo y de un auténtico servicio a los demás. Su inmadurez lo podría llevar, más bien, a la búsqueda de sí mismo, «usando» a los demás como medios para sus fines egoístas.

<sup>62</sup> M. BECCIU - A.R. COLASANTI, *Il comportamento sessuale disturbato...*, 130.

<sup>63</sup> B. GIORDANI, *Il colloquio psicologico...*, citado en G. CUCCI, *La maturità dell'esperienza...*, 104-105.

<sup>64</sup> G. CUCCI, *La maturità dell'esperienza...*, 105.

## IV. Experiencia y sólidos conocimientos

### A. Experiencia

Es necesario que el director espiritual tenga experiencia porque «la acción de Dios en el alma desconcierta la lógica humana; por tanto, no alcanzan los métodos y técnicas humanas para seguirle el ritmo»<sup>65</sup>. «Los autores están de acuerdo en que el director espiritual debe ser una persona con notable experiencia»<sup>66</sup>.

Cuando se dice que el director debe tener «experiencia», no significa que deba haber entrado en las moradas superiores de las que habla Santa Teresa, sino que debe estar suficientemente introducido en los caminos del Espíritu y en el estilo de su acción, preparado por la experiencia personal para «escuchar» al Espíritu<sup>67</sup>.

«El riesgo de quien se maneja solo por cierta ciencia sin experiencia es la de bloquear al alma en su docilidad a Dios»<sup>68</sup>. Se entiende por experiencia «el “conocimiento de los caminos del Señor que se obtiene directamente por el ejercicio personal de la vida interior o por el contacto con otras almas”»<sup>69</sup>. Es decir, la experiencia «es doble: propia y ajena»<sup>70</sup>. Examinemos estos dos tipos de experiencia.

Sobre la experiencia propia, se puede decir que es un hecho que, al inicio de su ministerio, el director espiritual no tiene experiencia, como sucede en las profesiones. «De la misma manera que en la profesión médica o magistral, también en este ámbito, una vez que el período de preparación ha terminado, comienza un largo camino de realización del propio ser y actuar». «Si en todas las artes se requiere tiempo y un largo periodo de práctica, ¡cuánto más se requerirá en el arte de todas las artes!»<sup>71</sup>.

Para la dirección espiritual común es suficiente la experiencia de la vida interior que se da en todo buen y celoso sacerdote. Tratándose, en cambio, de almas privilegiadas, llamadas a los grados superiores de la mística, es indispensable, para alejar toda incertidumbre y perplejidad, una experiencia más alta. San Juan de la Cruz advierte oportunamente: «A demás de ser sabio y

<sup>65</sup> M.A. FUENTES, *La ciencia de Dios...*, 30.

<sup>66</sup> B. GOYA, *Luce e guida...*, 92.

<sup>67</sup> A. PIGNA, *La direzione spirituale...*, 123-124.

<sup>68</sup> M.A. FUENTES, *La ciencia de Dios...*, 30.

<sup>69</sup> B. GOYA, *Luce e guida...*, 92.

<sup>70</sup> V. PASQUETTO, «Dirección espiritual», 624.

<sup>71</sup> B. GOYA, *Luce e guida...*, 93.

discreto, ha menester sea experimentado. Porque, para guiar al espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia de lo que es puro y verdadero espíritu, no atinará a encaminar al alma en él, cuando Dios se lo da, ni aun lo entenderá» (L1 3,30)<sup>72</sup>.

Sobre la «experiencia ajena» que el director espiritual va adquiriendo, podemos decir que «el estudio y la experiencia de los demás le proporcionarán perspectivas cada vez más amplias y una mayor confianza en la actuación»<sup>73</sup>.

Para dirigir sabiamente a las almas no basta la experiencia propia. Es oportuno estar en contacto con la de los demás. Y puesto que la experiencia se adquiere con los años, es indispensable al director cierta edad. Es significativo a este respecto lo que dice L. Landucci: «El gran libro de la experiencia y de las almas únicamente el tiempo permitirá leerlo»<sup>74</sup>.

Así pues, a modo de conclusión, se puede decir que el director espiritual, «a partir de la comparación con su propia experiencia y con las manifestaciones que otros le han confiado, se vuelve capaz de discernir la diversidad de los caminos del Señor e iluminar con mayor precisión a los fieles que le piden ayuda»<sup>75</sup>.

### *B. Sólidos conocimientos*

«A veces algunos creyentes, sin la suficiente preparación teológica, sin el conocimiento y la experiencia de la fe, tratan de aconsejar a su prójimo, pero sus errores y sus lagunas surgen inmediatamente»<sup>76</sup>. Esto sucede porque

La dirección espiritual es un arte difícil que no se puede improvisar, ese arte se adquiere a través del estudio y del ejercicio continuo y, sobre todo, a través de una intensa vida espiritual. Por esta razón, la tarea del acompañamiento espiritual no es algo que deba ser tratado con ligereza, sin la debida preparación cultural y espiritual<sup>77</sup>.

Analicemos por un momento la diferencia entre un director espiritual sacerdote y un laico. ¿Deben tener la misma formación?

Todos los requisitos que se exigen al director espiritual sacerdote se exigen igualmente al director espiritual laico, excepto los inherentes a la potestad

<sup>72</sup> V. PASQUETTO, «Dirección espiritual», 624.

<sup>73</sup> B. GOYA, *Luce e guida*..., 93.

<sup>74</sup> V. PASQUETTO, «Dirección espiritual», 624.

<sup>75</sup> B. GOYA, *Luce e guida*..., 93.

<sup>76</sup> B. GOYA, *Luce e guida*..., 74.

<sup>77</sup> A. PIGNA, *La direzione spirituale*..., 122.



sacerdotal. Estos requisitos, aparentemente los mismos, sin embargo, tienen matices específicos en la persona del director espiritual sacerdote y en la del director espiritual laico, debido a la formación propia de cada uno, a la experiencia de vida diferente, a la función distinta que desempeñan en el Pueblo de Dios<sup>78</sup>.

Sobre la formación de los directores espirituales sean sacerdotes, laicos o personas consagradas, Benito Goya opina lo siguiente:

Partiendo del hecho de que los sacerdotes y muchos laicos comprometidos y personas consagradas ya poseen suficiente formación teológica y espiritual, lo que les falta es el conocimiento teórico y la iniciación práctica al ejercicio de la dirección espiritual propiamente dicha a través de cursos, seminarios, fines de semana o encuentros prolongados durante el período estivo. Para ellos basta con conocer los contenidos teóricos del curso de dirección espiritual, considerados desde el punto de vista bíblico, histórico y metodológico. También se agregarán conocimientos sobre los mecanismos de la relación mutua entre director y dirigido y los criterios para ejercer el arte del discernimiento<sup>79</sup>.

Benito Goya propone un importante elemento de formación para los directores espirituales, él lo llama «supervisión».

La finalidad principal de la supervisión consiste, por lo tanto, en estimular al guía espiritual, que se apoya en ella para aprender a ser un director más eficaz, a superar las reacciones, actitudes, formas de presentarse ante el dirigido que pueden disminuir su libertad y aumentar el peligro de no estimular suficientemente su crecimiento<sup>80</sup>.

Benito Goya sugiere que se ayude con la supervisión a los directores espirituales que están iniciando y que exista también una supervisión permanente para los directores espirituales que ya tienen más experiencia, como parte de su formación continua<sup>81</sup>.

Se constata que «los laicos irrumpen en el ejercicio de este ministerio, con fuerza y en número cada vez mayor, sin tener una preparación similar a la seminarística de siete u ocho años de filosofía y teología». Cabe por ello preguntarse:

<sup>78</sup> A. MERCATALI - B. GIORDANI, *La direzione spirituale come incontro di aiuto*, La Scuola, Brescia 1987, 87. La traducción es mía.

<sup>79</sup> B. GOYA, *Luce e guida*..., 90.

<sup>80</sup> B. GOYA, *Aiuto fraterno. La pratica della direzione spirituale*, Edizioni Dehoniane, Bologna 2006, 188. (Las traducciones de esta obra son mías).

<sup>81</sup> Cf. B. GOYA, *Aiuto fraterno*..., 12-16.

¿qué preparación intelectual y qué experiencia espiritual se necesita para ejercer con prudencia y eficacia esta misión en la Iglesia? [...] Se necesita una preparación firme, especialmente en el campo de la orientación y el crecimiento espiritual. Con este fin, han surgido en el mundo organizaciones independientes que quieren asegurar esta formación, a través de estructuras individuales de apoyo y facilitación, protección y certificación de los conocimientos necesarios y de la capacitación adecuada para ofrecer a otros el apoyo necesario<sup>82</sup>.

Así pues, queda claro que es muy importante que el director tenga una «sólida preparación intelectual» puesto que el acompañamiento espiritual es un ministerio eclesial muy serio y, por tanto, no se puede llevar a cabo con ligereza y sin una preparación adecuada. Con la siguiente frase, Benito Goya declara esta verdad y menciona lo que puede pasar si el acompañante no tiene sólidos conocimientos:

Sin una sólida preparación intelectual no sería una opción sabia asumir la responsabilidad de dirigir personas, ya que se correría el riesgo de interpretar equivocadamente sus experiencias y de provocarles daños ruinosos que los llevarían a hacia metas equivocadas: «Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el pozo» (Mt 15,40)<sup>83</sup>.

## Conclusión

Podemos recordar que los autores que hemos estudiado enseñan la necesidad de que el director sea una persona de intensa vida espiritual, es decir, que esté empeñado en su propia santidad para poder santificar a sus hermanos. Por ello, vive los principales medios de santificación y procura corresponder a la gracia que lo conduce al crecimiento de las virtudes teológicas y humanas, sobre todo la humildad. El director espiritual practica la virtud de la prudencia y pide al Espíritu Santo el don del consejo del cual tiene tanta necesidad en su ministerio.

Es una persona madura que se conoce y sigue empeñándose en su madurez humana para que su vida espiritual se pueda fundamentar en sólidos cimientos. Es una persona que tiene experiencia de la vida interior y que ha alcanzado una suficiente afinidad con el Espíritu Santo: sabe reconocer y secundar sus inspiraciones. A su vez, tiene experiencia de cómo actúa Dios en la vida de otras personas. Finalmente, es una persona con sólidos conocimientos doctrinales porque es consciente de la grandeza de su ministerio y hace de su preparación doctrinal parte de su formación permanente.

<sup>82</sup> B. GOYA, *Luce e guida*..., 88-89.

<sup>83</sup> B. GOYA, *Luce e guida*..., 89.